

En la tercera hornilla.

Eloise Rico



Image not found.

Capítulo 1

Comenzaremos en donde realmente sentimos que todo termina, ésa hora del día en la que nos encontramos solos hasta de ruidos, todo es tan callado que al cerebro se le da por creerse cantante, comienza su concierto y aunque carente de ritmo le escuchamos como si fuéramos fans; sólo bastan 5 minutos (que sentimos horas) para aturdirnos y suplicarle cese; a la misma hora en la que se nos agudizan los sentidos, ahí donde queriendo dormir, todo despierta y no halla a quien mas joder que a nosotros mismos, aunque no nos movamos ni un centímetro permanecemos borrachos de tantas vueltas dentro.

Allí estaba Carlota repitiéndose entre la bulla que en pocas horas habría de despertar, de verdad necesitaba ese descanso, o al menos fingirlo, porque igual, durmiera o no, despertaría con el mismo cansancio encima, tal vez un poco mas; para su suerte el peso de sus párpados aplastó todo escándalo interno y así ganó, se hundió en los sueños de costumbre, tampoco le brindaban mucha paz pero no sabía como evitarlos.

Le despertó odiosamente aquel amigo amarillo, incandescente, como todas las mañanas llegaba sin ser invitado, ni bienvenido, acariciaba el rostro de Carlota, aunque ella lo sentía más como insoportables rasguños, aún no abría los ojos y ya tenía ése gesto tan característico, su frente parecía desierto de tantas grietas formadas, grietas que no eran por la edad, tal vez historias fallidas, fracasos constantes; giró bruscamente intentado devolver el tiempo unos cuantos minutos, forzó sus párpados hasta el exceso esperando no abrirlos nunca, sus cachetes comenzaron a tornarse rosa, eran todo lo contrario a su frente, tan tersos, tan redondos, parecían duraznos, probablemente se debía a la cantidad de lágrimas con las que cada noche solían regarse o tal vez era lo único vivo en ella, por ahora.

luchó contra las sábanas, intentando desatar la enredadera en la que se había acunado, parecía salir de un capullo, pero no era mariposa, ni polilla, ni nada que se le pareciera, a ésto no se le podía llamar metamorfosis, no había nada de poético en su vida, ni una sola nota audible de sinfonía alegre, en su lugar permanecía un silencio, pero no cualquiera. Bostezó adormilada y la habitación se llenó de un olor a mierda del cual ella ya estaba acostumbrada, la podredumbre de su ser no podía camuflarla con un simple dentífrico. Encendió la tercera hornilla, siempre la tercera, se preguntó por qué no creaban estufas para seres como ella, sólo necesitaba una hornilla, máximo dos, *¿era tal vez una estrategia comercial para hacerlos sentir más despreciables de lo que ya se sentían? ¿era una forma de lavarle el cerebro y necesitar con quien llenar las otras tres hornillas?*, el ruido del café reaccionando sobre el fuego la trajo de vuelta, solía enfrascarse en pensamientos desabridos, sin sentidos que ella encontraba reconfortantes entre toda su absurda maraña

hecha vida, se sirvió en su taza verde, en el frente tenía de dibujo un oso mediocre y aquellos ridículos corazones, cuanto le fastidiaban, pero a la hora de reemplazar la vieja taza que resbaló entre la espuma y fue a parar al piso desmembrada, no halló mejor candidata, era ésa o la que tenía un estúpido balón con una frase cliché sobre los padres, reclinó su insignificante figura en la ventana y bebió hasta ver el fondo verde, enjuagó la taza, se estiró para colgarla y *iplaf!* pequeños pedazos verdes por cada rincón, *ipero qué estúpida eres Carlota! isiempre dañando las cosas!*, ahora, luego del trabajo no podría arrastrarse hasta su cama y dejarse vencer, no, gracias a su clásica torpeza tendría una abrumadora tarde buscando la nueva taza para la mañana siguiente, de camino al trabajo se preguntó por qué no hacían tazas de un material más resistente, tazas para seres como ella; Carlota vivía a las afueras de la ciudad, se encontraba más tranquila entre la poca calma que podía adquirir, haciendo entonces el trayecto al trabajo bastante tortuoso, y ni qué decir del regreso, caminó hasta la parada de autobuses, esperó.

Solía contar las diferentes rutas de ese paradero, primero la C136 y luego la K9, la K9, la K9, todo ocurría siempre igual, Carlota no podía concentrarse en otra cosa, no sabía soñar y mucho menos despierta, al subir, pasaba su tarjeta y se sentaba en el último puesto, el mas cercano a la puerta para así evitar después la horrible tarea de agarrarse de donde pudiera, llegar al final y timbrar, ya que en mas de una ocasión había terminado encima de algún otro pasajero, o peor aún, sosteniendose con el rostro de la señora Morá; mismo trayecto, misma parada, mismo empleo, pero a qué mas podría aspirar; tenía el trabajo más deseado, al menos para todos los que no fueran ella, pues Carlota como a todo lo que le rodeaba, lo detestaba, detestaba cada minuto que componía su vida, detestaba el final insensato que les esperaba, morir trabajando, absorbiendo la poca vida de todo aquel al que explotaban y arriesgarse a terminar entre las uñas de algún bastardo que sonreía cruelmente mientras daba fin a su insignificante existencia; así murió el martes José, nunca Carlota había estado tan cerca de la tragedia, sabía sobre las escalofriantes historias, y por mucho había escuchado la alarma dos o tres veces en su vida, la alerta de peligro, ésa que al sonar hacía estremecer la ciudad entera; qué difícil era la vida así, qué difícil era para Carlota la triste realidad de despertar siendo una simple pulga.